

## GLOSARIO

**J**oaquín Edwards infatigable escritor acaba de publicar su novela *Criollos en París*. Es una visión ancha del mundo parisién de ante guerra, un capítulo de esa vida frívola en la que el criollo sudamericano vivió en eterna orgía, sin acercarse jamás al borde de la verdadera existencia. Entre el juego y los cabarets, prolongó en la ciudad inmensa la misma preocupación minúscula, de superficialidad e intrigas que es el sello o la marca de las sociedades criollas de América. El libro de Edwards tiene un alto valor documental. Es la visión de una sociedad que va a entrar en el fondo de una catástrofe, captada por la pupila penetrante de un escritor sudamericano. El documento está, por lo demás, lleno de vida y animación. El arte de Edwards, adquiere en esta novela una potencialidad que si bien ya le conocimos a través de sus anteriores libros, está aquí revaluada por un sentido más humano y hondo de la vida.

En estas páginas, henchidas de vigor, como una gran fiesta colorista, por la que pasan los más diversos y pintorescos tipos, el autor ha fijado la modalidad y el destino de los criollos en París. Salidos de la tierra nativa para ir a gozar del esplendor de las ciudades europeas no buscan la zona espiritual para acomodar sus existencias, sino aquella que por lo mismo que es de frivolidad y desenfreno, es la que más golpea sus espíritus cargados con la pesadumbre del vivir criollo.

*Criollos en París*, ha sido publicado hace poco. En próximos números de esta Revista, insertaremos algunos juicios que ha merecido esta brillante novela.



**A**un amigo de Chile ha escrito D'Halmar la carta que va a continuación. Está en ella con todo su encanto nostálgico el D'Halmar que todos conocemos. Desencantado de su tierra, de la que salió un día con el propósito de no regresar nunca a ella,

y a la que volvió para salir de nuevo, más entristecido que cuando partió la primera vez. Hay en esta carta en que se recuerdan viejos amigos ya muertos, un perfume otoñal que anticipa como un frío estremecimiento, la noche inminente del invierno. Además, la figura de esos magnos poetas que fueron Darío y Neruo en una intimidad que sólo D'Halmar podía revelar en toda su viva y familiar poesía.

Yuste (por Jarandilla), a 11 de Abril de 1933.

Señor

Don Julio Molina Núñez.

Santiago de Chile.

Mi estimado compañero:

Su carta del 1.º pp. me ha venido hasta este recogimiento, y si al pronto pensé no contestarla, tan ajeno ya estoy a cuestiones literarias y tanto las cosas y los seres que usted quiere hacerme recordar pertenecen a otra de mis existencias, después he pensado no era pertinente corresponder a sus solicitudes con mi silencio, y atendiendo nada más a esta consideración, haré memoria sin literatura de la balada que Rubén y Neruo escribieron a una hora de intervalo, en mi casa de París, los versos dedicados a D'Halmar, que usted parece conocer, como admirador de esos poetas y amigo mío.

Les había hallado reunidos con el no menos admirable lituano Milosz, (el autor del «Miguel de Mañara», que traduje yo en España), en una «bouvette» del Boul Mich, que, por no sé qué tácito despropósito llamábamos «Agencia Havas» y que no sé cómo podíamos reconocer bajo ese nombre, puesto que todos los cafetines de París (cosa que no habíamos caído nosotros), anuncian en sus escaparates la misma invariable «Agence Havas», lo cual no viene a ser en suma sino un consorcio telefónico o de Guía Bottin, aun no lo sé de fijo. El hecho es que, noche, a noche desde hacía mucho, veníamos dándonos «rendez-vous» en la tal dirección y que nunca ninguno la narró.

Esa era víspera de una de mis grandes partidas y despedida en cierto modo de mi tertulia o «peña» como dicen en Madrid. Rubén me preguntó con ahinco qué destino correría en la liquidación de mis enseres cierto Chambertin que el mismo denominó «terciopelo de los dioses», en contraposición de otro «pinard» llamado por mí «percal de los hombres», por lo corriente. Le contesté que las pocas botellas que restaban las aprovecharía Madame Chambaud, mi portera.

El honrado catador protestó indignado contra mi sacrílega intención y propuso fuéramos esa misma noche a darle fin a aquel vino en amor y compañía y a velar, en cierto modo, el cadáver de una época de nuestra vida, que iba ya a enterrarse.

Neruo aceptó; Milosz se excusó por no sé qué compromisos. Y los tres hispanoamericanos nos fuimos a mi vivienda del quinto piso del 42 Quai des Celestins, (donde ha habitado posteriormente, en el mismo cuarto, el hispanófilo Jean Cassou).

Ya allí, al calor de una fogata hecha con todo el combustible que me sobraba, Rubén sólo en mi alcoba, compuso su grandioso soneto: «Como Píndaro, tiende hacia el viento que sopla»... y, con el para mí enigmático epí-

grafe de «Retratos Imaginarios», que fué a leérmelo a mi despacho, donde Nervo y yo charlábamos junto a la «salamandra» puesta al rojo vivo. Estaba contento de su inspiración; pero Amado no participó de su entusiasmo. Según él, veía un d'Halmar menos teatral y clásico. Y entonces, a su vez, improvisó casi, mientras Rubén y yo, consumíamos dignamente el Chambertin, su tan íntima poesía: «Sobre tu frente gravita», y «Hacen cruz nuestros caminos,—Bebamos juntos los vinos,—Del Adiós»... Darío se emocionó como pocas veces, al oírla. Y trasnochamos hasta la madrugada, en que marchamos Sena abajo a lo largo de los muelles y en el de Orsay tropecé con la «gare» y tomé el sudexpress.

Otra de las estrofas de Nervo dice: «Yo te emplazo en una cita,—Sobre la arena infinita—Sideral»... El nicaragüense y el mexicano han acudido. Más remiso el chileno aun no acierta a dar con el paradero de aquella otra Agencia Havas del Más Allá... Pero no ha de tardar mucho.

No sé si esta anécdota le vale para publicada con ambas poesías. En todo caso vale más para mí, por lo vivida, que una estemporánea indignación contra las opiniones de Herr Max Nordau que nadie recuerda (la opinión ni el opinante).

Y sin más reciba un apretón de manos de su compatriota y amigo (Fdo).—  
AUGUSTO D'HALMAR.

Es invariable mi dirección en Madrid, Travesía de la Ballesta, 8.